

la libertad sería para él la muerte. De lo que hay que culparle es de que exista; lo que hay que anatematizar es el hombre que, haciéndose déspota, se coloca en la necesidad de encadenar el pensamiento libre (1).

Esas palabras de Channing ¿son demasiado duras? Oigamos á un escritor francés dotado de grande moderación: "Toda emisión del pensamiento escrito, toda referencia histórica hasta la más remota y la más extraña, llegaron á ser una cosa sospechosa y ocasionada á peligros en aquel tiempo. No hubo ya, en el orden de las ideas, otro lenguaje posible más que el que prescribía la autoridad," (2). Villemain habla del *pensamiento escrito*. Napoleón hubiera querido encadenar hasta la palabra. Existe una profesión liberal cuya vida es la libertad, la profesión del foro, y por eso ha sido libre, aun bajo el régimen del poder absoluto. Pues en 1804 se puso á la firma de Napoleón un proyecto de decreto orgánico acerca de los abogados. El emperador mostró mucho disgusto, y escribió á Cambaceres que no veía en el decreto nada, absolutamente nada que diese á los jueces los medios de contener á los abogados: "mejor quiero no hacer nada, le dijo, que no quitarme los medios de adoptar medidas contra ese *hato de habladores*, autores de revoluciones, que casi nunca están inspirados más que por el crimen y la corrupción. *Mientras que lleve la espada al costado, no firmaré un decreto tan absurdo. Quiero que se pueda cortar la lengua á un abogado, que se sirva de ella contra el gobierno,*" (3). Napoleón no soportaba ni aun la libertad de la conversación. Los salones de París han sido siempre sitios de libre crítica, y se aceptaba ó se toleraba aquella libertad de hablar aún bajo el antiguo régimen. El primer cónsul fué menos tolerante que lo había sido Luis XV. Madama Staël tuvo que abandonar á París. En 1803 se estableció en los alrededores de la capital, y un día se le fué á decir á Bonaparte "que el camino de su residencia estaba lleno de gentes que iban y ve-

(1) CHANNING, *Discursos, Reviews and Miscellanies*, Boston, 1830, p. 85: "Let infamy be that man's portion who seizes a power which he cannot sustain, but by dooming the mind through a vast empire to slavery, and by turning the press, that great organ of truth into an instrument of public delusion and debasement."

(2) VILLEMMAIN, *Recuerdos de la política*, parte primera, página 280.

(3) Carta del 13 vendimiario, año XIII (*Correspondencia de Napoleón*, t. x, p. 15).

nian á visitar á la desterrada." No había tal cosa; los Franceses no se atrevían á hacer con el consulado lo que habían hecho con Luis XV (1). Pero aquello fué bastante para que el primer cónsul, en medio de las inmensas atenciones de su gobierno, firmase una orden de destierro de madama Staël á cuarenta leguas de distancia de París, conminándola con salir en el término de veinticuatro horas. ¿No eran esas verdaderas cartas-órdenes de destierro iguales á las de la antigua monarquía? Como se ve, el imperio no tuvo que envidiar nada al consulado; á las órdenes de destierro del primer cónsul, el emperador añadió las prisiones de Estado: "desterraba, dice madama Staël, á cualquiera que le disgustaba un poco, y aprisionaba, sin que de ello se ocupasen los tribunales, al que le desagradaba un poco más," (2).

Hay una creencia que vive del librepensamiento, la filosofía. Era la que había preparado la Revolución. ¿Sería esta la razón por la que Napoleón quería tan mal á los ideólogos? Cuando dió el golpe de Estado de 18 brumario, quedaban algunos honrados republicanos de los cuales no se podía decir que fuesen filósofos. Su filosofía, si es caso, consistía en preferir la libertad al depotismo; pero esa era cabalmente la filosofía que Napoleón detestaba: "hay en el Tribunado, decía á sus familiares, doce ó quince metafísicos muy buenos para echarlos al agua. Es una *vermina* que tengo sobre mis hombros, y necesito sacudírmela; que no se figuren que me he de dejar atacar como Luis XVI," (3). ¡De esta manera, doce ó quince republicanos inquietaban al vencedor de Marengo! Pero no eran ellos, era el librepensamiento lo que le era tan antipático, que dió un nuevo golpe de Estado para obtener un silencio completo. Los metafísicos, gentes apacibles por naturaleza, no tuvieron empeño en romper este armonioso silencio: Napoleón pudo entregarse á su gusto á las locuras y á los crímenes de su ambición. Hemos dicho que en 1812, mientras que los coaligados iban á invadir la Francia, hubo conatos de oposición en el seno del Cuerpo legislativo. La palabra oposición es aún demasiado dura

(1) LABOULAYE, *Benjamin Constant* (*Revista nacional*, t. vi, página 483).

(2) STAËL (madama de), *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, parte cuarta, c. III.

(3) LABOULAYE, *Benjamin Constant* (*Revista nacional*, t. vi, página 203, nota 1.ª).

aquello era más bien un voto tímido en favor de la paz y un deseo poco explícito en favor de la libertad; hé aquí otra vez á los *ideólogos* que se sublevaron. Entonces estalló la cólera de Napoleón contra aquellos hombres que ni eran republicanos ni mucho menos conspiradores. "Es á la ideología, dice al Consejo de Estado, á esa tenebrosa metafísica que, investigando con sutileza las primeras causas, quiere fundar sobre sus bases la legislación de los pueblos; es á la ideología á la que hay que atribuir las desgracias de la Francia... Ella es la que engendra el régimen de los sanguinarios que han proclamado el principio de la insurrección como un deber, que ha adulado al pueblo llamándole á ejercer una soberanía de que era incapaz, que ha destruído la santidad y el respeto á las leyes haciéndolas depender, no de los principios sagrados de la justicia, sino solamente de la voluntad de una asamblea compuesta de hombres extraños al renacimiento de las leyes civiles, criminales, administrativas, políticas y militares..." (1).

La ignorancia es tan grande como la injusticia en aquellos violentos ataques. Es verdad que la Revolución procede de la filosofía; pero la filosofía de Voltaire, ¿era una *metafísica tenebrosa*? Y los hombres del 89 que proclamaron la soberanía del pueblo, ¿estaban acaso sedientos de sangre? ¿Qué fatuidad acusar á los constituyentes y á los convencionales de ignorar las leyes! ¿De dónde tomó Napoleón sus consejeros de Estado y sus administradores, lo mismo que sus oficiales? En las generaciones del 89 y del 93. ¿De dónde son los grandes hombres que las formaron? El despotismo envilece y rebaja las inteligencias, lejos de hacerlas brotar y desarrollarse. Después de todo, 1812 no tenía nada de común con 1793. Si el gran ejército había perecido entre las nieves de la Rusia, ¿tenía de ello la culpa Robespierre? Si el emperador sublevaba contra él, no tan sólo los reyes, sino á los pueblos, ¿tenía la culpa Voltaire? Si la Francia había abandonado á Napoleón, ¿tenía de ello la culpa Rousseau? ¡Singular ceguera del odio! El emperador detestaba la libertad bajo el nombre de ideología, é imputaba á ésta las desgracias debidas al despotismo; ¡es decir, al menosprecio de la libertad! La libertad se sublevaba en toda Europa,

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro XLVII tomo IV, p. 468.

como en Francia, para armar el mundo entero contra el que la oprimía, y la libertad hizo sucumbir al emperador. Es un gran espectáculo en el que la historia debe detenerse: nada hay más instructivo ni más saludable.

Hemos dicho frecuentemente que el pensamiento es el que gobierna al mundo; mas no era esa la opinión del emperador. El creía que un buen ejército y prefectos bien obedientes, ayudados de gendarmes, eran el más sólido elemento de poder. En efecto, Napoleón concentró en su mano las fuerzas de la Revolución, dominó todas las resistencias, y estuvo en camino de restablecer el imperio de Occidente sobre las ruinas de la libertad y de la independencia de los pueblos. Mas hé aquí que el gran ejército pereció en una expedición insensata, y á continuación de estos desastres gigantescos, la Europa se subleva contra su dueño. ¿Quién dió la señal de la insurrección? Un pueblo de ideólogos; ninguna nación fué tan humillada por el emperador como la Prusia; quizás tuvo razón en menospreciar su miserable gobierno; pero él no sospechaba que allí había un pueblo generoso, víctima y no cómplice de los cobardes cálculos de la política, y esta nación estaba llena de ideología. Mientras que el gran ejército ponía sitio á Berlín, la juventud entusiasta iba á inflamarse con las lecciones de un profesor de filosofía que les hablaba de libertad. Por supuesto que todavía no los hablaba más que de la libertad metafísica; pero algunos meses después los ideólogos tomaron las armas, y nuevos mártires, corrieron en busca de la muerte; esta noble sangre que inundó la Alemania no se derramó en vano. Los soldados de Napoleón, hasta entonces invencibles, encontraron una resistencia á que no estaban acostumbrados; y en vano era que venciesen, los vencidos volvían á levantarse, y parecía que hasta los muertos resucitaban. En efecto, el espíritu es inmortal: los granaderos del emperador sucumbían, pero el amor de la patria y de la libertad no muere nunca, y acabó por vencer al invencible (1).

Decimos que es un espectáculo bello y grandioso el del pensamiento venciendo á la fuerza; se pregunta quién ha arrollado á Napoleón. Benjamin Constant, testigo de aquella espantosa caída, responde: el amor de la libertad despertado en el co-

(1) MICHELET, *Geschichte der Menschheit*, t. I, p. 365 y sig.

razón de los Franceses y de los extranjeros. ¿Se necesita una prueba más decisiva para asegurar que el emperador no era lo que se quería hacer de él, el representante armado de los principios del 89? La libertad salvó a la Francia en 1793, y eso que no tenía a su cabeza al primer general del mundo. En 1813 también la libertad hubiera podido salvar la Francia. El general Sebastiani preguntó a Napoleón en Arcis-sur-Aube por qué no sublevaba a la nación contra el extranjero que osaba invadir el suelo francés. «¡Quimera», respondió Napoleón, *sublevar a la nación en un país en que he destruido la Revolución!*» (1). Es la confesión del culpable, y lo era en efecto, y no le faltó la expiación. Acusaba a la ideología de sus desgracias, y la ideología que le venció en Leipzig era el espíritu de libertad y de nacionalidad que el emperador había oprimido y que quisiera aniquilar. Jamás expiación alguna fué más justa; pero para que sea completa, es necesario aún que la posteridad ratifique la sentencia, sin dejarse llevar por el prestigio de la gloria, y todavía no hemos llegado a eso. La funesta influencia que el nombre del emperador ejerce sobre la Francia aumenta su culpabilidad. Después de su muerte, la leyenda ha transfigurado al déspota y le ha hecho el órgano y el ejecutor testamentario de la Revolución. Esta ficción, profundamente arraigada en el corazón de la Francia, tiene tanto poder, que se ha visto al pueblo que hizo la Revolución del 89 abdicar su libertad en las manos de un hombre cuyo solo título era el llamarse Napoleón. Es necesario que la historia proteste contra esta obra de la imaginación popular; es necesario que condene altamente a aquel a quien la poseía ha elevado al rango de los dioses; es necesario que anatematice al soldado de fortuna que ha abusado de su genio para destruir la libertad, sin la cual la vida no tiene encantos; la libertad, sin la cual el hombre se rebaja al nivel del bruto. ¿De qué manera una nación que merece el nombre de grande, que el emperador le dió, ha podido divinizar al que la despojó de las conquistas del 89? Napoleón la sedujo adulando su pasión por la igualdad; pero ¿qué es la igualdad sin la libertad? Una decepción y una mentira.

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro LIII (tomo v, p. 470).

III

Un historiador francés dice «que la misión evidente de Napoleón fué la de recobrar, *en nombre y en beneficio de la Revolución francesa*, contra sus errores y sus excesos, la de establecer el orden en el seno de la nueva sociedad, haciéndola tomar su forma regular en el interior, y en el exterior su puesto aceptado por la Europa» (1). Mr. Guizot no comprende que su concepto es pura leyenda napoleónica. Indudablemente que el emperador estableció el orden y la regularidad, y su gobierno funcionó con la precisión de una máquina. Pero ¿son esos todos los beneficios de la Revolución? Nosotros no hemos disimulado ni sus errores ni sus excesos; confundió frecuentemente la libertad con la soberanía, y la pasión de la igualdad le hizo olvidar hasta aquella apariencia de libertad (2). ¿Cuál fué el primer acto de Napoleón? Un golpe de Estado. ¡Singular reacción contra los errores y los excesos de la Revolución francesa! ¡Se infringía la constitución, lo que equivale a decir que se arruinaba la libertad para salvar la libertad! Y aun es una pura ficción el decir que Bonaparte, al abolir el Directorio, tuviera la intención de salvar la Revolución. La Revolución estaba moribunda, y él la dió el golpe de gracia celebrando magníficos funerales, en los cuales no se economizó la pólvora de cañón. Y ¿qué dió él a la Francia después del orden y la regularidad? Se dice que le dió la igualdad. Ya hemos respondido de antemano a esa apología; pero basta recordar los hechos para probar que la igualdad del imperio fué una falsa igualdad.

Uno de los primeros actos de la Revolución fué el de abolir el feudalismo hasta en sus últimos vestigios, y hasta los títulos fueron quemados, a fin de que no quedase rastro alguno de aquel odioso régimen. En 1806, Napoleón instituyó en los reinos de Nápoles y de Sicilia seis grandes feudos del imperio, para que fueran perpetuamente de su exclusivo nombramiento ó de sus sucesores. Al reunir los Estados Venecianos al reino de Italia, erigió en ducados grandes feudos doce provincias de la antigua república de Venecia, para que se transmi-

(1) GUIZOT, *la generación del 89* (*Revista de Ambos Mundos*, 1863, t. 1, p. 878).

(2) Véase mi *Estudio sobre la Revolución*.

tieran hereditariamente por orden de primogenitura a los descendientes varones de aquellos en cuyo favor dispusiera de ellos. Por otro decreto erigió en ducados grandes feudos los principados de Massa y de Carrara, y los Estados de Parma y de Plasencia (1). No damos nosotros grande importancia a la palabra feudos. Napoleón no conocía el régimen feudal cuyo nombre restablecía; pero la resurrección de los feudos prueba, por lo menos, que todas sus predilecciones estaban en favor de lo pasado, y de un pasado hostil hasta no más a los principios del 89. No se cesa de repetir que si Napoleón no dió la libertad a la Francia, la dió la igualdad, a la cual tenía más cariño. Y hé aquí demostrado que el emperador restableció los títulos hereditarios que la Constituyente había abolido. Ciertamente es que aun lo hacía en forma de excepciones; pero éstas indican demasiado la funesta tendencia; y si el antiguo régimen no se restableció por completo, no dependió de Napoleón.

Los grandes feudos estaban situados en los países de conquista. A pesar de todo su poder, Napoleón no se hubiera atrevido a crear feudos en Francia. Pero la pendiente de la desigualdad es fatal, y no menos fatal la lógica de los principios. En 1806, el emperador restableció los mayorazgos, cuya abolición había consagrado el código civil. Supo deslizar ese retroceso al pasado en un senadoconsulto que autorizaba la adquisición en Francia de bienes destinados a reemplazar el principado de Wastalla, cedido al reino de Italia por la princesa Paulina Borghese (2): «Cuando S. M. lo juzgue conveniente, dice el decreto, sea para recompensar grandes servicios, sea para excitar una noble emulación, ó sea para concurrir al esplendor del trono, podrá autorizar a un jefe de familia a sustituir sus bienes libres para formar la dotación de un título hereditario que S. M. haya erigido en su favor, revestible a su hijo mayor y a sus descendientes en línea directa, de varón en varón, por orden de primogenitura.» Napoleón había restablecido la monarquía, y fué fatalmente arrastrado a restablecer la aristocracia hereditaria, con desprecio de todos los principios del 89. En vano el senadoconsulto añadía que los bienes así poseídos sobre el territorio fran-

cés no conferirían privilegio alguno. Una aristocracia sin privilegios es un contrasentido, y ya en virtud del mismo senadoconsulto se otorgaban privilegios civiles a aquellos títulos hereditarios. Si el imperio se hubiera sostenido, no hubieran faltado tampoco los privilegios políticos.

Dos años después, una pragmática imperial restableció la nobleza. Napoleón condecoró a los grandes dignatarios del imperio, todos ellos antiguos demócratas, con los títulos de príncipes y altezas serenísimas, y sus hijos primogénitos tenían derecho al título de duques del imperio cuando su padre institua en su favor un mayorazgo con renta de doscientos mil francos. Venían después los títulos de conde y de barón (1). Hacemos gracia al lector de los detalles. Napoleón, prisionero en Santa Elena, nos va a decir «que el decreto que restablecía la nobleza era una aplicación de los principios del 89, por virtud de los cuales se la había abolido». El emperador, hablando de la nobleza que había creado, se lamentaba de que se le hubiera comprendido mal, siendo, sin embargo, aquella una de sus más grandes ideas. Se proponía con ello tres objetos de primera importancia: reconciliar la Francia con la Europa, restablecer la armonía, dando muestra de adoptar sus costumbres, reconciliar con ese procedimiento y amalgamar completamente la Francia nueva con la Francia antigua, y, por último, hacer desaparecer del todo la nobleza feudal, única ofensiva y opresora, la única que repugna a la naturaleza. «Por mi creación, continuaba diciendo el emperador, conseguía sustituir cosas positivas y meritorias a preocupaciones antiguas y aborrecidas. Mis títulos nacionales restablecían precisamente esa igualdad que la nobleza feudal había prescrito. Toda clase de méritos podía llegar a ellos; a los pergaminos sustituirían las bellas acciones, y a los intereses particulares, los intereses de la patria. No sería ya en una oscuridad imaginaria donde se hubiera ido a colocar el orgullo, sino en las más bellas páginas de nuestra historia. Por último, yo hacía desaparecer la chocante pretensión de la sangre, idea absurda, toda vez que no existe en realidad más que una sola especie de hombres, puesto que no se ha visto nacer a los unos con las botas en las piernas y otros con albarda en la espalda. Toda la nobleza de la Eu-

(1) Mensaje del 30 de Marzo de 1806, dirigido al Senado (*Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, por BUCHEZ y ROUX, t. XXXIX, p. 268).

(2) Senadoconsulto del 14 de Agosto de 1806.

(1) Estatuto imperial del 1.º de Mayo de 1806.

ropa cayó en el lazo; aplaudió unánimemente á una institución que en sus ideas realizaba su preeminencia, y por lo tanto, este acontecimiento iba á sacarla de sus bases y la hubiera destruido infaliblemente. ¿Por qué ha sucedido que la opinión que yo ponía en boga tuviese la desgracia de servir precisamente á sus enemigos? ¡Ah! Yo he tenido esta desgracia más de una vez, (1).

¿Será necesario responder á estos sofismas? Napoleón, en Santa Elena, se excusaba y quería justificar sus errores, pretendiendo que había sido mal comprendido. No, la opinión pública, al reprobar los decretos que restablecían los feudos, los mayorazgos y la nobleza, no se equivocaba; aquello era un retroceso muy antipático á la generación del 89. No, el mérito no pide que se le recompense con títulos que han sido el patrimonio de la ociosidad y de la nulidad. Tendríamos mala opinión de un hombre que deseara ser noble; por más que se hiciera grande por la inteligencia, sería pequeña por el corazón, puesto que creería engrandecerse no haciendo más que bajar al nivel de las gentes que no son buenas más que para poblar de criados las antecámaras de los grandes. Decir que la nobleza imperial no era una nobleza de sangre, es juzgar por palabras; ¿no es lo mismo toda la aristocracia en su origen? Los señores feudales comenzaron también por prestar sus servicios á la sociedad; si hubieran visto á sus miserables descendientes, se morirían de vergüenza. ¿No hubiera sucedido lo mismo á la nobleza imperial? La segunda generación sería, es verdad, una aristocracia de la sangre, pero tan orgullosa y tan inútil como la antigua nobleza.

Una de las más singulares ilusiones del emperador era la de creer que esta plebe, hinchada con los títulos y los honores y llena de riquezas, sería un apoyo para su trono. La tiranía engendra el servilismo, y el servilismo, lejos de inspirar la abnegación, impulsa á la alevosía. Daru, uno de los instrumentos más inteligentes del régimen imperial, decía al barón de Stein: "Considerad la voluntad del emperador como el fatum; es necesario someterse á él.", Los oficiales de Napoleón predicaron el ejemplo. Un ministro del duque de Mecklemburgo, habiéndose quejado del ejército francés,

recibió esta característica respuesta: "Señor, la voluntad del emperador debe cumplirse. Ved ese árbol; si el emperador me manda que os cuelgue de él, dentro de un minuto quedaréis colgado, (1). Cuando se siembra el servilismo, se recoge el egoísmo; aquellos que tienen intereses particulares que conservar ponen en su traición la misma interinidad que habían empleado en su obediencia de esclavo. Es decir, que Napoleón, al prodigar sus favores á sus generales y á sus administradores, creaba otros tantos traidores. Repitamos las palabras que el emperador, destronado, les dirige: "Ved esos bravos soldados que no tienen ni sueldos, ni grados que salvar; no piensan más que en marchar y en morir por arrancar la Francia de manos del extranjero, (2). ¡Sabido es lo que hicieron aquellos generales tan llenos de títulos y de grandes sueldos! Los que hayan leído las memorias de Santa Elena deben recordar aquella mujer colmada de beneficios por el emperador y que escribía en 1814: "Gracias á Dios que el pequeño hombre va á caer y nosotras quedaremos siendo verdaderas condesas.", Hé aquí en toda su impudencia los sentimientos de la aristocracia.

Es necesario añadir, para enseñanza de la posteridad, que la Francia, entera, salvo algunos heroicos soldados, asistió con indiferencia á la caída del héroe que en un tiempo tanto había aclamado. Hé aquí aún otro fruto del despotismo. Nos hemos asombrado hoy día de que una nación militar se haya dejado invadir y despojar por los enemigos que tantas veces había vencido. Recordemos el abatimiento, la postración de los Galos después de algunos siglos de despotismo imperial, y encontraremos la clave del enigma. El poeta dice que los esclavos pierden la mitad de su alma; lo mismo sucede á los pueblos regidos por un poder absoluto, porque sin libertad no hay vida. Esto disculpa las deslealtades y traiciones de 1814; pero decimos mal, los traidores y los desleales no tienen jamás disculpa; pero su innoble versatilidad, que tanto disgusto nos inspira, se explica. Napoleón se queja con amargura. En una orden del día se lee: "Si el emperador hubiera despreciado los hombres, como se le imputa, el mundo reconocería en la ac-

(1) PERTZ, *Leben des Freiherrn vom Stein*, t. II, p. 447.

(2) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro LIII (tomo V, p. 526).

(1) LAS CASAS, *Memorial de Santa Elena*, t. VII, p. 221 y siguientes (edición en 12.º).

tualidad que ha tenido razón., Aplaudimos esta justa censura de las defecciones de 1814. Pero ¿quién es el culpable? ¿No es el emperador? Cuando se destruye el más noble sentimiento del hombre, la libertad, ¿habrá que extrañarse que no que de más que la podredumbre de los intereses materiales?

El abatimiento de la Francia chocó á los vencedores de Napoleón; y cuando, á su entrada en París, oyeron los gritos mil veces repetidos de *vivan los aliados! vivan nuestros libertadores Alejandro y Federico Guillermo!*, les dió vergüenza de los vencidos, ¡y había para qué! (1). Hay, sin embargo, que hacer una salvedad: los soldados hubieran muerto hasta el último por su emperador y por su bandera; y también el pueblo, según testimonio de un contemporáneo, guardó un triste silencio (2). No hubo allí más que las altas clases, y, sobre todo, las grandes señoras, que se prostituyesen al enemigo y al extranjero: "No recuerdo, dice el duque de Rovigo, que se omitiera cosa alguna para hacer resaltar la degradación en que se había caído (3). El Senado, digno órgano de la chusma de la corte, proclamó tirano á aquel á quien él había ayudado en el despotismo con sus continuas adulaciones. Prueba, dice un historiador francés, de que en nuestros días es imposible el despotismo (4). Es necesario decir más: Napoleón cayó porque había querido destruir la libertad; y para vencerle, los reyes coaligados tuvieron necesidad de escribir en su bandera los principios del 89.

§ III. — Napoleón revolucionario.

I

Napoleón era contrarrevolucionario por esencia, porque había nacido déspota y conquistador; pero también, es verdad que era revolucionario. En Santa Elena protestó contra el cargo que se le dirigía de haber vulnerado las ideas liberales y ofendido á los pueblos: "No son los pueblos, decía él, los que han sido mis enemigos, sino la oligarquía; porque mi gobierno era eminentemente popu-

lar, (1). Las grandes guerras, al mezclar las naciones unas con otras, son siempre un elemento de revolución; y cuando se hacen por un pueblo que está él mismo en revolución, y que es, por decirlo así, la revolución encarnada, es imposible que no difundan ideas revolucionarias. En ese sentido se puede decir que el emperador fué la espada de la Revolución y que removió hasta en sus antiguos cimientos las sociedades europeas. Pero su régimen fué verdaderamente el del despotismo, más todavía en los pueblos conquistados que en la misma Francia, puesto que Napoleón era para aquéllos un vencedor, un conquistador que les despojaba de su independencia; sólo que también había en aquel régimen un principio de libertad, y esto lo prueba bien el que la reacción siguió inmediatamente á la caída del imperio, y esa reacción fué en todo el continente la de la aristocracia y de la antigua monarquía contra las conquistas del 89. Lo demuestra también el que en Alemania, los países donde, bajo la influencia francesa, se establecieron instituciones constitucionales, fueron precisamente aquellos que habían estado bajo la dominación del emperador (2). Y así debía suceder; por más déspota que fuese Napoleón, tuvo que conservar la bandera del 89, y los tres colores eran el emblema de la Revolución hasta el punto que, llevándolos el grande ejército por todas las capitales de Europa, realizó la profecía de Mirabeau. En los designios de Dios, los reyes y los aristócratas coaligados contra la Francia vinieron á ser instrumentos de su propia perdición, perdición que se les había pronosticado desde lo alto de la tribuna francesa; pero no lo comprendieron, y provocaron la revolución que debía abarcar el mundo entero.

La historia es el espectáculo de las contradicciones humanas. Si la antigua monarquía, al declarar la guerra á la nueva Francia, fué causa ó ocasión de la propaganda revolucionaria, se comprende bien que Napoleón, heredero de la Revolución, difundiera sus principios, á pesar de su naturaleza despótica. Ciertamente restauró la monarquía en Francia; pero en vano se hizo consagrar por el papa; no era rey por la voluntad de Dios; lo era por la voluntad del pueblo, y la monarquía popu-

(1) *Die gallische Unzucht* (la deshonra gala), decían los Alemanes. — HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. IV, p. 562.

(2) MONTGAILLARD, *Historia de Francia*, t. VII, p. 400.

(3) *Memorias del duque de Rovigo*, t. VII, p. 266.

(4) MIGNET, *Historia de la Revolución francesa*, c. xv.

(1) MONTHOLON, *Memorias de Napoleón*.

(2) GERVINUS, *Geschichte des XIXten Jahrhunderts*, t. II, página 591.